



Lic. Raúl Cardiel Reyes

Silvia Dupont*

RAUL CARDIEL REYES
1981-1983

Cerca de 50 años de ejercer la cátedra casi ininterrumpidamente manifiestan la vocación por la docencia del doctor Raúl Cardiel Reyes.

Tanto en la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, como en la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, Cardiel ha impartido diversas materias y, paralelamente —a lo largo de 35 años— ha sido uno de los más prolíficos investigadores universitarios en el área de las Ciencias Sociales.

Activo participante de la vida cultural del país, quien estuviera al frente de la octava administración de la FCPyS funge en la actualidad como presidente del *Seminario de Cultura Mexicana*.

A los 70 años, con un renovado vigor intelectual, Cardiel Reyes acaba de presentar su examen de doctorado en la Facultad de Filosofía y Letras con una tesis sobre la obra de Antonio Caso.

En un principio, un proyecto: Génesis de la ENCPyS

Incorporado a la actividad universitaria desde 1945, poco después de llegar de San Luis Potosí a radicar a la ciudad de México, el maestro Raúl Cardiel Reyes refiere los antecedentes de la creación de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales.

S. D. Maestro Cardiel, ¿podría explicarnos cuál fue su participación en

*Profesora titular de la materia de Teoría Social, en la FCPyS.

la creación de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales?

R.C. Por aquel entonces, Alfonso Caso quien era rector de la UNAM me nombró —en 1945— secretario auxiliar de la Comisión Permanente Universitaria, junto con Alfonso Ortega, quien fungía como secretario general de ese organismo antecedente de la actual ANUIES. Poco después renunció Caso y los rectores que le sucedieron nunca tomaron en cuenta a la Comisión Permanente Universitaria. Tras la dimisión de Ortega, yo me quedé solo en el rincón de un escritorio de la Administración de Personal, en el antiguo local de la Universidad que estaba en Justo Sierra número seis. Con cada nuevo rector insistí en la necesidad de animar a la Comisión Permanente y convocar a una reunión de Universidades, pero nadie me hizo caso.¹

Hasta 1948, estando en la Rectoría el Dr. Luis Garrido, señalé nuevamente el imperativo de realizar una gran reunión de universidades a fin de estimular el quehacer de la enseñanza superior y crear mayores vínculos entre ellas.

El Dr. Garrido aceptó la proposición, se consiguieron los recursos para efectuar el evento y, en diciembre de 1948, se llevó a cabo en Oaxaca la Primera Asamblea Nacional de Universidades. Invitado como ponente, Lucio Mendieta y Núñez manifestó su interés de llevar a la reunión una propuesta sobre la creación de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, en la Universidad Nacional. Yo leí esa ponencia en la Asamblea Nacional en Oaxaca; el proyecto se discutió, una comisión aprobó la idea y se propuso oficialmente la creación de la nueva Escuela.

S.D. ¿Qué objetivos se perseguían con la fundación de una Escuela de Ciencias Sociales?

R.C. Crear un centro docente en donde se impartieran las carreras de Relaciones Diplomáticas, Sociología, Periodismo; toda la rama de las ciencias sociales que había crecido mucho y para la cual no había aún una carrera profesional.

La idea fundamental era, en un principio, la ampliación de la Escuela de Derecho; hacer del Derecho un estudio más apegado a la ciencia social, no sólo una carrera técnico-jurídica.

Tengo la impresión de que en 1945, a fines de la Segunda Guerra Mundial, el estudio de las ciencias sociales se había difundido enormemente a nivel internacional. Surgió un interés universal en cultivar la

¹ Entre 1945 y 1948 fueron rectores de la UNAM: Alfonso Caso —provisional, de agosto de 1944 a marzo de 1945—; Gerardo Fernández MacGregor (marzo 1945-febrero 1946); Salvador Zubirán (interino: marzo de 1946 a abril de 1948); Alfonso Ochoa Ravizé (interino: abril a junio de 1948); Luis Garrido: junio de 1948 a junio de 1952.

Ciencia Política, la Sociología, etcétera. En 1948, la UNESCO congregó en París a varios e importantes científicos y expertos que discutieron la trascendencia de las ciencias sociales. Ese año significó un hito en el renacimiento de la Ciencia Política como tal, se definieron sus objetivos, sus métodos y sus grandes temas.

Resultado de tales acontecimientos, fue el florecimiento de la especialidad en las universidades europeas. Respondiendo al nuevo giro y al nacimiento de las ciencias sociales, México determinó —oportunamente— crear la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales.

S.D. ¿Hubo alguna oposición frente a este proyecto?

R.C. No, ninguna. Al contrario, se pensó que el experimento debía realizarlo la Universidad Nacional Autónoma de México, que tenía mejor organización, más recursos para echar a andar el proyecto. Fue casi un encargo nacional el que recibió la UNAM con ese motivo.

S.D. ¿Notó usted que, por ejemplo, los consejeros técnicos de la Facultad de Derecho expresaran alguna resistencia o descontento ante el surgimiento de la nueva Escuela?

R.C. Ninguna. Incluso Mendieta y Núñez y García Maynez, catedráticos de Derecho, acogieron muy bien la idea.

S.D. ¿Cuándo se fundó la ENCPyS?

R.C. El 25 de julio de 1951. Pero hasta el siguiente año se iniciaron formalmente los cursos. Por aquel tiempo, yo era secretario del Comité Ejecutivo Nacional de la ANUIES, organismo que acababa de establecerse. Era profesor de Filosofía en la preparatoria y había terminado mis estudios en la Facultad de Filosofía y Letras. Cuando se inauguró la Escuela no fui profesor, a pesar de haber contribuido directamente en su fundación.

En los medios universitarios se creía, respecto al nacimiento de la ENCPyS que se trataba de un experimento incierto. Inicialmente, la institución era una escuela muy académica; las profesiones que ahí se impartían parecían desvinculadas de un sentido práctico. No se concebía muy bien su función social; las especialidades instituidas parecían obedecer a un interés meramente académico-científico-cultural, cuya utilidad práctica no resultaba muy clara.

Evidentemente, nadie ponía en duda la importancia académica y científica de este tipo de disciplinas, cuyo *status* no estaba a discusión.

Recuerdo que Ramón Acosta Guerrero, profesor de la Facultad de Filosofía y un querido amigo mío me dijo en cierta ocasión: “Deberías dar clase en la ENCPyS: existen materias muy importantes que te interesarían mucho”. Estando a punto de salir becado a Europa, no seguí el consejo de Acosta Guerrero. Por eso no fui uno de los profesores fundadores.

S.D. ¿Cuál considera que ha sido la influencia de la ENCPyS en el desarrollo de las Ciencias Sociales?

R.C. Creo que la Escuela actualizó los estudios de las ciencias sociales en general. En primer lugar, la Sociología fue abordada con mayor amplitud. Antes de la creación de la ENCPyS, la Sociología era en México una especie de distracción académica a la que se dedicaban lo mismo filósofos que abogados; una ciencia a disposición de cualquiera; del literato, del historiador...

Impartida como carrera básica, la Sociología produce los primeros profesionistas del ramo al tiempo que propicia el rigor del método sociológico. Comienzan a surgir las distintas metodologías, las escuelas, las corrientes teóricas. Por vez primera la Sociología se establece como disciplina, a pesar de los diferentes enfoques: estructuralista, funcionalista, marxista.

Una administración: la octava

Nacido en Saltillo, Coahuila, el primero de noviembre de 1915, Raúl Cardiel Reyes obtuvo la licenciatura en Leyes en la Universidad Autónoma de San Luis Potosí. Posteriormente, realizó estudios de maestría y doctorado en Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

Con una impresionante trayectoria profesional, el octavo Director de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales destaca su vocación por la docencia.

“En 1936, contribuí en San Luis Potosí a la fundación de escuelas nocturnas para obreros que deseaban estudiar secundaria. En esos planteles impartí clases de español y geografía. Empecé, también, a dar las primeras conferencias sobre socialismo; aunque por supuesto, en aquellos tiempos, no sabía mucho sobre el tema; mi bibliografía era un libro de Durkheim.”

De 1939 a 1944, el maestro Cardiel fue titular de diferentes cátedras en la Universidad Autónoma de San Luis Potosí. En 1951 dio clases en la Facultad de Filosofía y, a partir de 1955, se incorporó a la planta docente de la ENCPyS.

“He ejercido la cátedra durante casi 50 años. Como profesor universitario tengo acreditados aproximadamente 34 ó 35 años de servicios. Antes de ser nombrado Director de la FCPyS me dedicaba a la docencia y, además, era y sigo siendo asesor cultural del Secretario de Educación Pública.”

Tras cuatro meses de interinato,² en diciembre de 1981, Raúl Cardiel Reyes es nombrado Director de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.

S.D. ¿Cuál era el contexto político que, tanto a nivel nacional y universitario como al interior de la FCPyS, prevalecía al momento de tomar posesión de su cargo como Director?

R.C. Empezaré por la situación de la Facultad. En ésta, el desorden era total; se habían roto las estructuras académico-administrativas. La Escuela, por así decirlo, estaba “levantada en armas”. Se clamaba por un nuevo orden.

Mi propósito, en semejantes circunstancias, era organizar la Facultad, sacarla del caos en que se hallaba y volverla al cauce normal de una institución universitaria.

La pugna se establecía entre una serie de grupos y partidos políticos que pretendían el autogobierno en la Facultad. Me opuse a todos los que deseaban ese objetivo que, a mi modo de ver, es un error total. Siempre he sostenido que el autogobierno, más que democratización es “democratismo”, una degeneración de la democracia porque no todo puede resolverse democráticamente. El trabajo académico, la verificación de una hipótesis, no pueden constatarse por votos, sino a través de la lógica y de la ciencia. Se ha confundido la representación política, que requiere mayoría de voluntades con la representación académica, que sólo supone un alto nivel científico.

En contra de los intentos por el autogobierno, me propuse retornar a la Facultad a la vida académica, insistir en ésta como la única vía posible para continuar el desarrollo de las ciencias y las disciplinas impartidas en este centro. Por supuesto, evité subordinar la actividad de la Facultad a grupos o personas... No concibo la Escuela sometida a los intereses particulares.

La Universidad enfrenta más o menos el mismo problema: un grupo de escuelas que pugna por la democratización universitaria pero que, afortunadamente, es un sector minoritario comparado con quienes sostienen la institucionalidad.

Otra cuestión de importancia dentro del ámbito universitario lo constituye el sindicalismo. Algunos líderes sindicales quieren ser factores decisivos en el gobierno universitario y eso me parece sencillamente imposible.

Es absurdo que el sindicato universitario desee convertirse en el gobierno de la Universidad. Si los sindicalistas se concretaran a la defensa

² Asumió interinamente la dirección, a la renuncia del prof. Antonio Delhumeau, en su calidad de profesor decano del Consejo Técnico de la FCPyS.

de los derechos laborales no tendrían problema, pero asumirse como fuerza o poder supremo es una equivocación.

S.D. ¿Cuáles fueron las ideas fundamentales que manejó usted durante su administración en la FCPyS?

R.C. Pienso que hice un programa fundamentalmente académico en el sentido general de la palabra. Lo fundamental era promover antes que profesionistas identificados con una ideología, personal interesado en los problemas nacionales, con el ánimo de proporcionar soluciones dejando de lado actitudes partidistas. Es erróneo contemplar los problemas desde una óptica facciosa. México no puede gobernarse por sólo una facción.

Estoy convencido del riesgo que implica considerar a las ciencias políticas y sociales exclusivamente desde un punto de vista ideológico; la ideología es sistemática y lo sistemático propicia tiranías de conciencia y, por tanto, sociales y políticas. Las ideologías se inclinan hacia los absolutismos teóricos y desaniman los análisis estrictamente lógicos y racionales.

Es común creer que el examen de acontecimientos socio-políticos está siempre determinado por una posición económica, social, etcétera; como también es habitual negar la objetividad en las ciencias sociales. Esto me parece funesto; sostener semejantes criterios es entregar al país a la lucha de las facciones y los partidos... Es entregar el país a la anarquía.

Durante mi gestión como Director de la FCPyS intenté evitar ese tipo de problemas. Claro, para ello se necesita mucho tiempo y no tuve el suficiente. De diciembre de 1981 a noviembre de 1983 lo que hice fue llamar a gente de alto nivel profesional para que explicara la problemática social. Yo les decía: "No importa el punto de vista con que aborden los problemas, lo que importa es la altura con que se vean, que se contemplen con objetividad, con un alto nivel técnico y científico." Todas las doctrinas son respetables si se apoyan en una rigurosa disciplina científica y si se elude torcer las metodologías para apoyar soluciones políticas o partidistas.

Transformaciones y alcances

S.D. ¿Cuáles son las transformaciones que sufre la Facultad durante su gestión como Director de la misma?

R.C. En primer lugar, traté de orientar la investigación hacia los problemas de la docencia, promoviendo la actividad en los centros, las

publicaciones en apoyo a la docencia. Igualmente reclamaba a los Departamentos de especialidad su atención a los problemas concernientes al ámbito de la enseñanza, más que a problemas políticos. Ante la aparente necesidad de renovar el plan de estudios, propuse una revisión de los programas a fin de que sus deficiencias pudieran solventarse mediante una adecuada coordinación. No obstante, la respuesta en este renglón fue tibia y no se pudieron realizar los estudios pertinentes.

Otra actividad fundamental fue la promoción académica. De 1979 a 1981 la mayoría de los profesores, por no decir todos, eran nombrados a través del artículo 51, es decir, sin concurso de oposición. Yo promoví una gran cantidad de concursos; procuré que las plazas fuesen ocupadas por el personal más calificado. Una situación específica de la Facultad es que todavía existen muchos maestros de asignatura —cerca de 400— que son provisionales o interinos: no han adquirido su definitividad. Procuré cambiar tal situación, aunque muchas veces me topé con que los maestros de asignatura no tienen ningún interés en alcanzar su definitividad; son profesionistas cuyos ingresos provienen de instituciones extrauniversitarias. Dan clase por satisfacción personal o por el *status* que ello implica. Si a este personal se le exigiera presentar concursos de oposición, es probable que muchos de ellos abandonarían la Escuela.

No obstante, en términos generales, creo que se ha elevado el nivel académico de los profesores: existen muchos doctores y maestros. Gran parte de los catedráticos tiende a realizar cursos de posgrado porque sienten que ya es insuficiente poseer sólo la licenciatura.

Otra de mis actividades estuvo encaminada a ubicar profesores mexicanos en puestos directivos. Los extranjeros deben desempeñar tales cargos sólo cuando no haya nacionales competentes. No es posible dejar la Escuela en manos de extranjeros, porque los problemas que en nuestro plantel se estudian nos atañen directamente como mexicanos y deben verse desde una perspectiva mexicana.

También me propuse el facilitar, mediante un nuevo reglamento que quedó casi aprobado, la presentación de exámenes profesionales, trámite en el que muchos alumnos se detienen.

Me impresionaba la cuestión de que muchos egresados de la carrera de Relaciones Internacionales perdiesen en los concursos del servicio exterior. Averigüé la causa y parte de esa situación resultaba de una deficiencia en los idiomas; acordé con el CELE la impartición de cursos de inglés y francés, especiales para la Escuela.

En relación con los estudiantes de la carrera de Ciencias de la Comunicación el problema era similar; muy pocos tienen aceptación en los medios periodísticos dada su deficiente preparación en algunos casos y,

sobre todo, su incapacidad para redactar correctamente. Ante estas circunstancias, encargué al profesor Henrique González Casanova, entre otros, un nuevo programa de talleres de redacción que, en el fondo, pretendía adiestrar a los alumnos en el manejo del español. Además en el edificio que está en construcción, propuse que se creara el centro de producción audiovisual más importante de América Latina.

Inicialmente supuse que el bajo nivel de los estudiantes de Ciencias de la Comunicación radicaba en nuestra planta de catedráticos. Comparé ésta con la de otra importante universidad de la capital y me di cuenta que nuestra planta era insuperable: teníamos a la gente más importante en prensa, televisión, cine, etcétera; el error no estaba en los catedráticos sino en inadecuados procedimientos didácticos, porque los profesores no exigen disciplina, ni trabajo, ni asistencia de los estudiantes.

En el Departamento de Sociología había un problema que nadie se atrevía a tocar y que significaba una verdadera y vergonzosa corrupción universitaria: el Taller de Sociología Rural, manejado por un grupo estudiantil. El curso semestral comprendía el trabajo de campo con un pago extraordinario —mil pesos diarios— al profesor encargado de la materia. A los estudiantes se les equipaba con camas portátiles, grabadoras, máquinas de escribir, cámaras fotográficas, materiales que la mayoría de las veces no regresaban a la Facultad. Por irse al campo ocho semanas se les acreditaban a los alumnos siete u ocho materias. Los maestros eran designados por los propios estudiantes y, en ocasiones, ellos mismos fungían como profesores; se les pagaban buenos sueldos. Alumnos y profesores gozaban de prebendas sólo por unas vacaciones en el campo.

El Taller se había convertido en una fuente de corrupción en todos los sentidos: económica y política; por eso decidí cambiar la forma de trabajo del semestre de campo; su forma anterior era una verdadera vergüenza para la Facultad.

Hay en la Universidad, además, un clima muy desfavorable para que los educandos se dediquen al estudio; piensan que es más importante participar en actividades socio-políticas o de grupo. A diferencia de los europeos que tienen una gran tradición de estudio y dedicación, los mexicanos nunca han contado con esta tradición.. La lucha estudiantil, política, los conflictos universitarios han hecho perder disciplina y rigurosidad en el estudio.

Muchos profesores y alumnos piensan que el buen estudiante no es aquél que prepara sus materias y obtiene las mejores notas, sino el que interviene críticamente en las luchas políticas de la Universidad, el activista, en una palabra. El fenómeno, sin embargo, no es exclusiva-

mente característico de la ciudad de México. En París he escuchado a algunos catedráticos de La Sorbona quejarse de lo mismo. Inglaterra pasa por una crisis similar. El problema, entonces, parece universal.

Una serie de vicios propician que los estudiantes puedan aprobar su carrera sin saber nada. Alguna vez un alumno mío me confesó que había cursado toda la licenciatura en Ciencia Política desde Iguala, sin haber venido una sola vez a México; un compañero suyo le pagaba las inscripciones, le mandaba decir qué libros debía leer y él hacía los trabajos en Iguala. Así, leyendo uno o dos libros, había pasado toda la carrera, de lo cual se ufanaba mucho pensando que era un gran alumno.

Cuando se conocen casos así, se piensa que es imperativo el ajuste disciplinario, la sistematicidad y rigor en la enseñanza y la presentación de exámenes más rigurosos.

S.D. ¿Qué recomendaciones haría usted a los estudiantes de Ciencias Sociales?

R.C. Primordialmente, que asuman una profunda responsabilidad con su país. Que se preparen como politólogos, administradores que —en cifra considerable— habrán de trabajar en la administración pública, deberán redimir al gobierno de sus “lacras de corrupción e incompetencia”, borrando así el estigma con que se ha calificado a los gobiernos mexicanos en los últimos años.

S.D. ¿Está de acuerdo, entonces, en que los egresados de la FCPyS tienen posibilidades para influir en la vida nacional?

R.C. Lo dije muchas veces en las ceremonias de entrega de títulos: “ustedes son responsables de que continúe o termine en México el estigma de la corrupción e incompetencia de los servidores públicos. Son ustedes los responsables, porque la política del país descansará, en el futuro, en los politólogos de la FCPyS”.

Si los nuevos politólogos, economistas, administradores, llegan al aparato burocrático siendo honestos y competentes es posible esperar mejores derroteros para una nación secularmente ultrajada...

Claro, para ser buen profesionista se debe ser buen estudiante. Crear las condiciones para un mejor aprendizaje que redunde en un mejor nivel académico fue uno de mis empeños al querer sanear las irregularidades manifiestas en la FCPyS; al obligar a los catedráticos a asistir a clase, a no delegar esa responsabilidad en sus ayudantes y en interesar paulatinamente a los primeros en labores académicas y quehaceres de investigación.

S.D. ¿Cuáles considera que fueron sus proyectos fundamentales para mejorar y renovar la imagen de la FCPyS al asumir la dirección?

R.C. Cuando acepté ser nominado para la terna de la Facultad, solicité

al rector Octavio Rivero Serrano su respaldo en dos grandes proyectos: la creación de un nuevo edificio para la Facultad y el apoyo a un gran plan editorial.

Es sabido que la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales es la que publica más dentro de la UNAM. Me pareció de suma trascendencia, además de revisar el nivel de los textos, demandar recursos suficientes para un gran plan editorial. Se sentaron las bases para publicar tres o cuatro colecciones; quedaron pendientes los originales de otras tantas que, de seguir adelante, proporcionarán un fuerte impulso a la Facultad.

Paralelamente a estos proyectos, se buscó fortalecer a nivel internacional la imagen de nuestro centro de estudios. Cada vez que se organizaba un gran congreso, se procuró que algún profesor de la FCPyS asistiese, con el fin de hacer sentir nuestra presencia. De este modo, diferentes catedráticos viajaron a Santo Domingo, Costa Rica, Londres, Francia, Estados Unidos, Canadá, Brasil, etcétera.

La FCPyS promovió y organizó dos nuevas carreras fuera de sus instalaciones. En el primer caso se planteó para la Universidad de Tamaulipas una Maestría en Organización Municipal en la que se analizara, con apego a la realidad inmediata, la organización de esa instancia administrativa. Aprobada la idea, solicitaron a la Facultad la presentación de un plan de estudios que ya ha sido implantado en aquella Universidad.

En el Instituto de Estudios Históricos José María Luis Mora, dependiente de la Secretaría de Educación Pública, la Facultad colaboró en la organización del plan de estudios de la Maestría en Sociología Política.

A mayor demanda, nuevas instalaciones

S.D. Durante su gestión se concretó y se puso en marcha el proyecto para la construcción de nuevas instalaciones para la Facultad. ¿Cómo fue este proceso?

R.C. Al despachar como Director de la FCPyS, casi a principios de semestre, me di cuenta del problema de la falta de aulas. Me vi precisado a pedir a los directores de otras escuelas salones para satisfacer la demanda estudiantil.

La Facultad contaba con 31 aulas y requería 61; había un déficit de 30 que necesariamente deberían conseguirse. La Facultad, definitivamente, había rebasado la capacidad de sus instalaciones. El 50 por ciento de su población estudiaba fuera y, por consiguiente, era preciso

construir un nuevo edificio.

Presenté el problema al Rector señalándole lo injustificado que resultaba que una de las facultades más importantes de la Universidad se hallase en semejantes condiciones.

Al ser aceptada la propuesta, se procedió a integrar una comisión que determinara las necesidades de los Centros y Departamentos de especialidad, que indagara cuántos cubículos o espacios requerían cada uno de ellos.

Establecimos el proyecto que se entregó a la Dirección de Obras, se efectuaron las especificaciones correspondientes para la edificación de salones, cubículos, auditorio, salas para conferencias y exámenes de licenciatura y doctorado, amén de las instalaciones del centro de producción audiovisual.

Una de las grandes ambiciones del proyecto es la construcción de una biblioteca que posea no sólo recintos de lectura, sino fonoteca, discoteca y, en fin, una especie de cinemateca o sala de proyecciones.

Evaluación de una experiencia

S.D. ¿Cuál sería el balance de su experiencia como Director de la Facultad?

R.C. Realicé un experimento significativo: llegué a la dirección sin una posición ideológica lo cual parece, a primera vista, algo injustificado. Sé que muchos me consideran de derecha. Eso no me preocupa, porque no se sabe bien qué es la derecha. Los de Albania califican a los soviéticos como de derecha; éstos dicen lo mismo de Mao Tse Tung. Si se pregunta quién es de derecha resulta que nadie se considera a sí mismo de derecha, pero piensa que todos los demás lo son.

Se me cataloga de derecha porque no soy marxista. Soy marxólogo: estudio a Marx y acepto muchas tesis de su teoría; a pesar de eso no soy sistemáticamente marxista. El marxismo es un excelente instrumento de análisis crítico, pero es pésimo como modelo de organización económica, política y social.

Creo que hay bastantes puntos del marxismo ya “naturalizados”, por así decirlo, en las ciencias sociales, pero que dejaron de ser marxistas en un sentido primigenio. Cuando arribé a la dirección de la Facultad sentí que era necesario demostrar que no es preciso ser marxista para saber dirigir una escuela como la de Ciencias Políticas.

Creo que el sentido de politización es recomendable, hasta cierto punto, en una Facultad tan politizada como la nuestra. Muchos piensan que ser político consiste en ocultar, en engañar a la gente respecto de

los planes de cada quien. Suponen que el buen político es el maquiavélico, con lo cual mi política —franca, abierta y académica— no concuerda.

No podría dejar inadvertida la colaboración que recibí de profesores de la más diversa procedencia ideológica. Entre los funcionarios de mi administración había representantes de todos los partidos, de todas las facciones, que cooperaron en un proyecto común. La presencia y la actividad de este personal rompió con el “sistema cerrado” que muchas veces se propicia en las instituciones universitarias y que consiste en involucrar sólo a aquéllos que coinciden en una misma posición ideológica o que son miembros de un mismo partido político.

Contrario al desarrollo de “pequeñas mafias o clanes”, pugné por un sistema abierto donde tuviera cabida la pluralidad e, incluso, la oposición crítica.

S.D. ¿De qué manera cree que la Facultad pueda orientar el desarrollo nacional?

R.C. Es preciso puntualizar la mejoría que en los últimos tiempos se ha observado en el análisis y enfoque de los problemas sociales y políticos. Han quedado atrás —en términos generales— el empirismo y la improvisación, sin que esto implique haber llegado al nivel deseado.

S.D. Por último, ¿cómo considera usted que la Facultad ha influido en la vida política y académica de la UNAM?

R.C. Creo que ésta ha sido buena y mala. Ha sido lo primero en la medida en que ha coadyuvado a establecer mejores niveles de discusión, pero ha sido lo segundo porque ha contribuido a una excesiva politización.

La politización exacerbada, tanto al interior como al exterior de la Universidad, puede tener un grado deformante. Considerar que todo tiene un sentido político es perjudicial. Eso es, a mi modo de ver, uno de los defectos del totalitarismo. En época de Mussolini, de Hitler, todo tenía sentido político, hasta pertenecer a la raza semita.

Uno de los vicios contemporáneos es la politización. La FCPyS obsesionada con las ideologías ha contribuido mucho a ésta. El que se crea que todo está orientado por la política es, desde mi punto de vista, un error. Se niega la libertad con el pretexto de que todo tiene sentido político. Lo que deberíamos hacer es ayudar a la juventud para que pueda desenvolver libremente su propia personalidad. Sólo así puede aspirar a formar un mundo mejor.